

*Sobre dos novelas de García Márquez*

# Una anécdota soñada

Adolfo Castañón

*A Gladis Yurkievich*

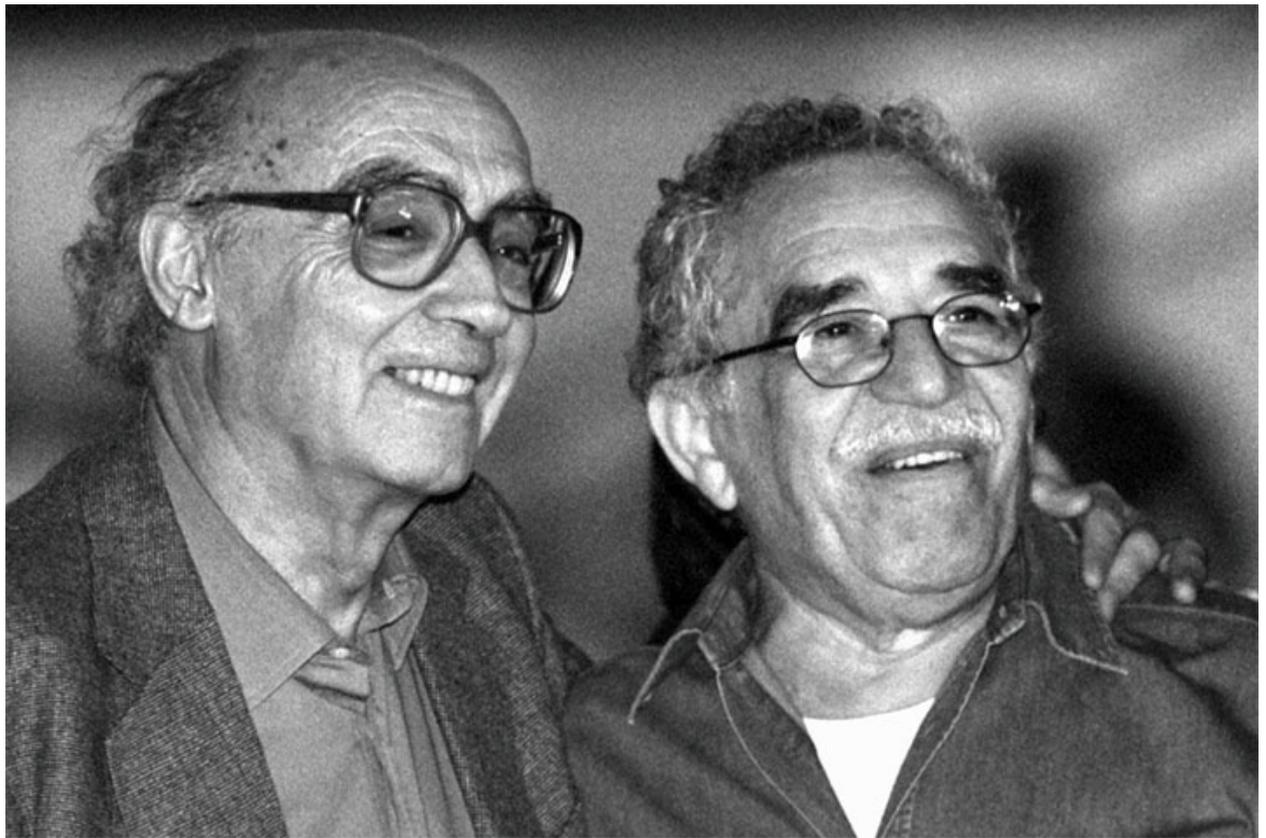
Luego de haber escrito una “crónica”, más que reseña, sobre la novela *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez para la revista *Vuelta*, fundada y dirigida por Octavio Paz, soñé que el autor me llamaba a La Editorial, es decir al Fondo de Cultura Económica donde a la sazón yo trabajaba.

La dirigía entonces don Jaime García Terrés, quien era amigo de Álvaro Mutis y, desde luego, de Gabriel García Márquez, desde los tiempos para mí remotos en que dirigía la *Revista de la Universidad*. Tenía yo la costumbre de terminar mis acuerdos con mi jefe —quien era poeta, lector de Gilberto Owen, de María Zambrano y de autores de libros como el *Diccionario mito-hermético* de Dom Pernety, leído por Gérard de Nerval cuyas obras le había ido a buscar a París alguna vez— con un epílogo donde le contaba, cuando los había, mis sueños, sobre todo cuando eran de índole literaria, poética o filosófica. Así pues le conté religiosamente a don Jaime mi sueño de que el Gabo, como le llamaba él a García Márquez, me llamaba a la oficina para hablar de mujeres... Pasaron las semanas, la crónica que hice sobre *El amor en los tiempos del cólera* —novela de la que me llegué a sentir yo mismo personaje— se publicó en la revista *Vuelta*. Algunos días después, mi secretaria, Mary Acosta de Bayona, entró a la oficina como disparada de su asiento del otro lado, en vez de pasarme la llamada que había timbrado. Era él, “García Márquez, exclamó, García Márquez te está llamando...”, me dijo con voz y mirada arrebatada.

Tomé el teléfono. Sonó la voz del costeño educado entre cachacos. Después de saludarme, me preguntó si yo acaso sabría por qué me había llamado. Le dije que sí, que sí sabía. Naturalmente él me estaba llamando porque tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo porque yo lo

había soñado. “Si no me cree usted vaya a preguntarle a su amigo don Jaime, que es mi jefe, pues tengo la costumbre de concluir mis entrevistas con el relato de mis sueños cuando pueden tener algún interés”. Se quedó un momento en silencio, como quien calla para oír mejor la lluvia. Finalmente, me dijo: “En su reseña habla usted mucho de las mujeres de su casa”. “Sí, le dije, es que las mujeres de mi casa son sus admiradoras y lectoras y, como cuento en la reseña, me costó que me dejaran el libro... Alguna conexión secreta tiene usted con el mundo de las mujeres”, le dije. “Y usted, campeón, con el de los sueños”, me respondió llamándome con esa voz deportiva con la que luego siempre me saludaría al encontrarme en ferias, salones o embajadas... “¿Y a usted, no le interesan los sueños?”, le dije sintiendo que la conversación ya quería recaer en el sueño —pues *eso* ya lo había soñado. “Sí”, me confesó como quien es sorprendido fuera de lugar. “De vez en cuando hojeo el libro de los sueños de Artemidoro, creo que así se llama, y cosas clásicas como...”. “¿Cicerón?”, le pregunté. “Entre otras...”, pero el campeón de las letras y de los premios ya se estaba poniendo nervioso, y la conversación prolongada ya tenía en la puerta, asomada a mi secretaria y a otra gente atrás impaciente que se preguntaba por qué el acuerdo de puertas abiertas que yo tenía habitualmente se había interrumpido. Se despidió. “Ya nos veremos, campeón”, me dijo, “y gracias por haberme explicado por qué si yo no leo esa revista ni habitualmente pierdo el tiempo leyendo reseñas sobre mi obra, tuve que llamarle hoy a usted...”.

Supé luego —gracias a mi amistad con sus secretarías— que le había llamado a García Terrés poco después. Cuando le conté la anécdota a este, me dijo algo que me sorprendió: “¿Sabes dónde vive Saúl Yurkievich,



Con José Saramago

el poeta a quien le vamos pronto a publicar el libro *Tras-ver?*, precisamente en la calle Dom Pernety...”. Han pasado los años, pero cuando voy a visitar a Gladis, la viuda de Saúl Yurkievich, y salgo de la estación Dom Pernety, recuerdo esta anécdota como el que vuelve a sacar del agua una estrella de mar.

#### GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: LUMINOSOS NAUFRAGIOS

En el principio fue el rumor de que García Márquez ya había terminado otra novela que saldría pronto. Cuando supe del lanzamiento ubicuo de *El amor en los tiempos del cólera* en todas las Américas y por todas las Españas, me prometí no leerla antes de algunos años, pero cuando vi la pirámide de novelas amarillas en la librería Gandhi barrunté que terminaría leyéndola en algunas semanas, contra todas las fobias gregarias, si es que quería hablar con alguien durante los próximos seis meses. Al día siguiente, abrí el periódico y lo primero que encontré fue una elogiosa reseña de la novela en la plana editorial. Cerré el diario y fui a la cocina a buscar el periódico del día anterior, con el mismo resultado. No perdí la paciencia y dejé pasar unas semanas antes de leer nuevamente el diario. Por fin un día fui al kiosko. Al abrir el papelote, respiré aliviado: se habían dejado de publicar reseñas de la novela en la plana editorial. Ya empezaba a sentirme tranquilizado cuando caí distraído en la sección de correspondencia. Ahí estaba, oronda y polémica, una reseña de la novela escrita por un ama de

casa, poniendo los puntos sobre las íes de la discrepancia y la intimidad. Para esto, ya había yo escuchado dos comentarios radiofónicos, visto una docena de lectores de la novela en el metro, leído un par de reseñas profesionales en un par de suplementos y oído hablar de un padre de familia que había comprado tres ejemplares de la novela para que nadie se peleara en casa. A estas alturas ya me sabía la intriga de memoria y había oído comentarios tan extremos como que García Márquez era el Walt Disney del *boom* o, en el otro extremo, el de que era el Walt Whitman de la nueva novela hispanoamericana, pasando por todos los matices posibles. Desde el azul clásico que criticaba a la novela en el conjunto de una obra irrefutable y el rosa mexicano que decía que era una novela escrita para gente de edad y en la cual el autor hacía dormir al lector su propia siesta, hasta el tinto que ponderaba en las páginas de *El amor...* la lectura de los cronistas de Indias y la mentalidad arqueológica y archivista de un Foucault metido a novelar. Signos y comentarios que fueron como pellizcos para reconsiderar mi decisión inicial de no leer la novela al menos durante cierto tiempo. La puntilla final me la dio mi padre un domingo en la mesa familiar cuando se quejó de que *El amor en los tiempos del cólera* no había llegado a La Lagunilla, el rastro (el mercado de pulgas mexicano) y quién sabe cuántos meses se tardaría en hacerlo —declaración que fue remachada por un seco “sí, a mí también me gustaría leerla” de mi novia, que redondeó la frase apuntando que ninguna novela la había deprimido tanto como *Cien años de soledad* con su empon-

zoñada llovizna contagiosa. ¡Si por lo menos —suspi-ré— vendieran en México la edición española con su cromó cursi de angelito! Como sea, ya estaba decidido a ir a la librería a cooperar con mi granito en la reducción del imponente túmulo que amontonaba un millar de ejemplares, cuando al pasar frente a un puesto periodiquero, descubrí, entre otros libros de promoción semanal, la tan platicada novela. Saludé su aparición pagándola de inmediato, vagamente contento de que, al par que las librerías quiebran, los puestos de periódicos se transforman en librerías. En cuanto llegué a la casa, hecho una sopa por la lluvia que me había sorprendido en el camino, me metí a la cama y aproveché la fiebre y el flujo ininterrumpido del catarro para leer *El amor...* Por fortuna, era sábado. Metido en la cama leí y leí. Dado que ya conocía de oídas la intriga, me propuse hacer una lectura fría que la fiebre de todos modos impidió. Entre sueños, sopores, estornudos y toses, terminé de leer la novela de una sola acostada, 29 horas y 32 minutos después con una mezcla curiosa de aventura terminada (“¿qué no había nada más?”), curiosidad exhausta, satisfacción por el cómodo viaje y desencanto progresivo después de la fornicación fantástica, como si la novela hubiese sido escrita con viva tinta lasciva que, como cierta flor tropical, se marchitara tan pronto cesara de iluminarla el sol de la atención directa y fuese perdiendo su forma al ser iluminada por la luna de la memoria. Recordaba con cariño el primer tercio de la novela, la merienda pausada de la pastoril saga conyugal, la escritura eléctrica, aquel abigarrado mundo costeño capturado en el globo de vidrio soplado por una poderosa sensibilidad que es gusto y visión del mundo, la garra, en fin, de un jeroglífico que nos araña *mientras* lo leemos. Y, con todo, las partes finales me dejaban empalagado, con el inconfundible sabor a aserrín del hartazgo y el repaso en vano, como si toda esta meditación tangencial sobre la decrepitud y la muerte fuese cháchara y despistada ecolalia indigna de la alegría de los primeros instantes novelados, como si García Márquez fuese un escritor de principios y nacimientos antes que de muertes y de finales.

Los primeros momentos de la novela, su primer tercio, son los de una vida cotidiana rescatada como mitología o, si se prefiere, los de un costumbrismo matrimonial y familiar, con toda la insostenible ligereza de sus relaciones triviales y peligrosas. García Márquez hace entrar al lector a la piscina de su novela evitando, como buen administrador de su propio cuento, el chapuzón frontal de una entrada en materia demasiado directa. Al igual que las alcachofas, la novela presenta muchas hojas antes de ofrecer el corazón. Además de enfrentar un mundo y fabular una geografía, el novelista es también el mejor guía de turistas por el país de su propia invención —de ahí los paseos— y es, asimismo, el co-

cinero que sabe levantar a punto de turrón las yemas de su historia a fuerza de batir sin debatir los mismos datos mediante la oración perpetua. Mañas, trucos, recursos, tramoyas, instintivo saber contar amasan con generosidad la pasta folletinesca, el merengue sentimental, la levadura lujuriosa y la vainilla descriptiva de este pastel esponjado, cubierto y relleno del vago betún de un arte de vivir entre conyugal y callejero, salpicado con guiños de literaria fruta seca —de la A de Arciniegas a la Z de Zalamea, para reducirnos a la alacena colombiana— y adornada por listas de remunerativas enumeraciones que yerguen su chispa uniforme sobre la superficie acremada como otras tantas velitas en el aniversario del autor que ya cumplió otra novela. Sobra decir que cada ingrediente llega en el momento preciso, electrizado por una voluntad simpática y puntual, convocado por un oído premonitorio que amansa con su flauta a las palabras. Pero, más allá del intrínseco sabor de la repostería, lo que transmite el pastel es la alegría escandalosa con que fue cocinado y su perdurable impronta, si la hay, reside, para este lector, en la gracia de esa facilidad y en su fatal enigma. Campechana, florida, amistosa y zalamera, despreocupada —¿demasiado despreocupada?—, la novela nos causa dolor por el dolor que no nos causa y nos retrae a una edad de la novela anterior a las preguntas que la dividieron. Deja un vago sabor a *Tom Jones* pasado por agua y mar y en el que se barajan los siete pecados tropicales, otro eco adolescente de Richardson, de pastoril ensueño veraniego y de nostalgia por las amansadas francachelas chaucerinas. A juzgar por esta novela, García Márquez no es un hombre de letras occidental y cristiano sino un pagano fabricante de leyendas cautivo en la corte de la fama.

Después de pensar todo esto acerca de la novela se me hizo evidente mi falta de un sentido humorístico íntegramente afín al del autor... Mientras espiaba mi propia lectura, redacté algunas notas. Al releerlas, lamenté lo que el lector: juicios sobre la incapacidad de GGM para describir caracteres y perfiles más allá de su reconocido punto de maestría caricatural, generalizaciones sobre la propensión del autor a describir a los personajes masculinos desde un ángulo femenino, enunciados preguntones acerca del predominio de la familia y de la ausencia de la Historia en la novela, proferimientos crudos y asertivos alusivos a la ausencia de una mitología del amor y a su sustitución por valores establecidos y corrientes, comparaciones injustas del ritmo de la novela con las marchas domingueras de la plaza, quejas sobre la extensión del libro, aplausos a las declaraciones autodescriptivas de los personajes, advertencias sobre los plagios que el autor hace sufrir a su homónimo, reparos sobre la congruencia psicológica de los personajes obligados a seguir hasta el final la voluntad desobligante de su autor, observaciones sobre la consistencia vegetal del mundo

costeño garcimarquecino, en fin, saludos implícitos a la unidad aterradora de un mundo sin experimentación. Pero, ¿quién era yo para ir a gritar en mi torpe prosa parlamentaria que la última novela de GGM era nada más una consagración otoñal del egoísmo para dos? ¿Qué derecho tenía de subirme al elefante y andar diciendo por ahí, con argumentos insípidos y menesterosos, que el de su novela última era para mí solo un carnaval chillante, una danza macabra de seres sin ideas ni esperanzas? ¿Cómo se me ocurría preguntar por qué un escritor de raza con tantos arrestos y técnicas no nos hacía cuentas más esenciales del amor, incluyendo las cifras de la tragedia, el desencuentro y la amistad? ¿A qué venían todas estas reclamaciones si había leído la novela de un tirón aunque luego no se me antojase releerla y a pesar de que coincidiera plenamente con mi amigo en que, si no había tragedia, se ensayaba al menos en parte el oficio piadoso de ver a los seres humanos como son? ¿Tenía algún caso decir que esta reciente producción de GGM no era tan buena como algunas de las anteriores, cuando, por supuesto, estaba muy por encima de lo que se escribe como novela, al menos en México? ¿No era mejor reconocer que si la había leído y había escrito y conversado sobre ella era porque su autor me despertaba, a pesar de todo y como a tantos otros lectores, admiración y afecto y porque, en el peor de los casos, lo estimaba como se estima a un amigo cuyo éxito lo ha distanciado de uno? Con todas estas preguntas la hora de entregar el artículo se acercaba y yo no tenía nada escrito. ¿Qué hacer? Lo más sencillo sería escribir una disculpa, lo peor que podría pasar sería que la publicaran.

## II

Cuando salió a la luz *El general en su laberinto* ya todos sabíamos que en la nueva novela se moría Bolívar. Desde un año antes, había empezado a correr la noticia de que García Márquez volvería por sus fueros épicos. Algunos decían conocer el título; se rumoraba que el autor había reunido una documentación prodigiosa en torno a la época y al personaje y que incluso había averiguado —era cierto— los días de luna llena en que se desarrollaba la acción. Se corría la voz de que el manuscrito había atravesado varias veces el Atlántico antes de ser publicado, para ser leído por los amigos cercanos y secretos del autor dispersos por todo el orbe; que el novelista había hecho ya varios viajes a Venezuela y a Colombia para entrevistarse con los historiadores silenciosos que gobiernan el pasado como si fuese un vasto imperio donde, después de muertos, los generales y los pueblos siguen ordenando cargos, sublevándose, haciendo la lucha, convocando congresos, fusilando y capitu-

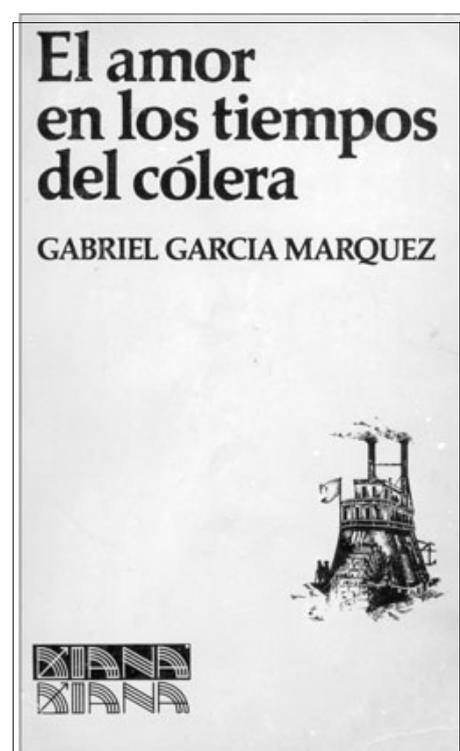
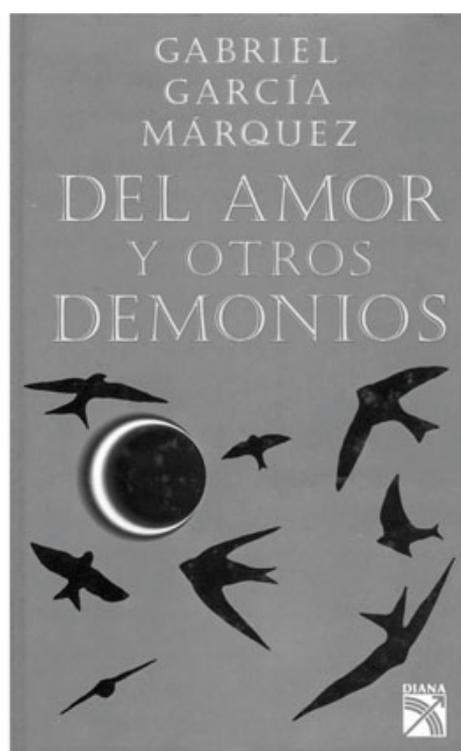
lando. Se rumoraba que el manuscrito había sido leído varias veces por varios presidentes y comandantes y que muchos de los adjetivos y verbos de la novela habían sido repasados por las miradas de algunos lectores capaces de advertir al paso de la lectura dónde se aflojaba la tierra de la prosa. Por fin, el día menos pensado de la primavera salió publicada la novela: con bombo y platillos, con pitos y flautas: con salvas periodísticas y publicitarias que muy pronto se confundieron con los cañonazos de las aguerridas polémicas que debía desencadenar *El general en su laberinto*. Hubo, sin embargo, más polvo y más pólvora de la esperada. A los cañonazos y a los fuegos artificiales de la bobería diplomada —que inscribían a *El general...* en la novela del Dictador sin atreverse a admitir que Bolívar podía haberlo sido, ni a conceder que el personaje inexplicablemente se le había ido de las manos al novelista— sucedió un silencio incómodo y devastador. El desamparo que emanaba de aquellas páginas como un olor fétido a creciente de río molestaba al público que no la compraba o que la compraba para no leerla —como Bolívar mismo con sus bibliotecas— o que la leía a mordiscos o que la leía íntegra y quedaba desmejorado como el que ha pasado en vela una noche al pie de la cama de un enfermo. Qué decepción, las alegres y fáciles comadronas de las leyendas festivas y cursis de otras novelas se habían transformado en un coro de espectros que ululaban: América os brinda espléndido festín. Qué tedio, cuchicheaban bajo cuerda los políticos y empresarios que suelen leer resúmenes de libros y que ya se habían acostumbrado a leer completos los de García Márquez siguiendo el ritmo de las frases con una mano de director de orquesta. Todavía —decían— *El otoño del patriarca* era tolerable porque, al menos, como el viejo dictador perenne estaba echado del lado oscuro de la historia, todos, empezando por el novelista, nos podíamos reír de él, reír hasta compadecerlo. Gabriel García Márquez no podía admitir —aunque lo hubiese descubierto él mismo al bajar al socavón de la historia— que Bolívar fuera un general más, un visionario mujeriego y mañoso que se hacía cenizas compasivas al novelista a pesar de sus ganas de admirarlo. ¿Qué se podía hacer de un Bolívar trastabillante e insomne y que no terminaba de bajarse del pedestal, mitad héroe y mitad saco de lágrimas? ¿Quién le podía perdonar al novelista la ingenua astucia de inducirnos a identificar el cuerpo moribundo e increíble del héroe con el continente desharrapado y sangriento que se nos desmoronaba bajo los pies en el momento mismo en que leímos la novela? La novela era como una de esas fiebres frías que atacan al que se intoxica y el pobre escritor se había envenenado con el pescado seco de la independencia americana por quererlo ahogar en el caldo corto de la actualidad: “Ahora lo vemos claro. La deuda terminará derrotándonos”.

¿No es una insolencia que el novelista disfrazado de héroe fingiera que se quitaba el uniforme de mármol y renunciaba a las condecoraciones de la leyenda para decirnos que siempre no, que el ideal no solo no estaba muerto sino que le dábamos asco y lo hacíamos huir de nosotros rumbo a la nada y al carajo? “Vámonos volando, que aquí no nos quiere nadie”. Del mismo modo como en la novela Bolívar desviaba la cara del espejo para no verse los ojos, García Márquez disimulaba el pudridero que había encontrado al asomarse a su personaje y el público apartaba la mirada de *El general en su laberinto*. La novela había salido hosca y respondona y, decían algunos, deprimía hasta a los de la casa. Ni siquiera parecía una novela. García Márquez había preferido olvidar la miel de la guerra y recordar la amargura de la política en una novela que se alargaba como una elegía fúnebre y no lograba tenderse al galope tras el héroe.

Buscamos en vano la flauta encantada, los himnos triunfales de sus marchas acuáticas, y flotábamos en cambio como ahogados en el moderato lentísimo de la agnía anunciada, un adagio que se alargaba en un largo adiós a la Razón. Dentro de Bolívar, la pelea la habían ganado los bárbaros. García Márquez había hecho suyo a Bolívar en el momento menos interesante, cuando este se despedía de la razón. Los libros, las ideas, la conversación, los ideales de la cordura y la moderación, la alegría de vivir en y para la sociedad —y no como un desclasado que quiere destruirlo todo—, la intuición o la esperanza de que es posible una arquitectura de la Historia, todo se cerraba en el momento en que se abrían de par en par las puertas del laberinto. Nada. Ni era Bolívar ni era un personaje. Para personaje le sobraban referencias, alusiones, citas y cronologías. Para Bolívar le

sobraba pudor y le faltaban ideas. El novelista se había quedado corto en la desmitificación. Lo inhibía la Historia. Daba demasiadas explicaciones que nadie le había pedido ni tenía por qué dar en un epílogo que tampoco explicaba cómo había logrado salir del inacabable laberinto de la biblioteca bolivariana. Se decía que el escritor había sucumbido al estupor de su propio paludismo americanista y que había caído en la tentación de escribir una novela cuyas emociones estaban congeladas en una doctrina previa. Por ejemplo, ¿qué diría un sueco de *El general en su laberinto*? ¿Podría prescindir la lectura de toda la carga de supuestos en que se apoyaba la novela? Qué importaba: Gabriel García Márquez había escrito una de las novelas más limpias del castellano moderno y, al menos en este caso y a pesar de todas las apariencias, había mandado a volar a los lectores fáciles que hasta ahora habían sido su capital más seguro.

Ojerosos, fanés, descangallados, los lectores se desmayaban de tristeza con la novela entre las manos, les entraba una muina sombría y se iban a releerla como personajes de Poe que se encierran a piedra y lodo con la novia muerta y la lloran y la coronan amortajada. No faltaban las lenguas maliciosas; para unas, la novela era o un homenaje o una traición al Comandante Fidel; para las de aquí, García Márquez se había desilusionado de Bolívar a media novela y lo había dejado caer; para las de allá, en realidad *El general en su laberinto* era el Che Guevara, un trasunto simbólico del guerrillero fracasado que llevamos dentro y que un buen día se despierta y se da cuenta de que la Historia ya no está ahí. Y todo esto en susurros, sin levantar la voz, con tonos de cuchicheo, por favor silencio, qué falta de respeto al difunto. Los revolucionarios de capa caída leyeron la no-



vela con pasión resucitada, con llorosa nostalgia de los buenos tiempos en que hasta ellos mismos creían en la acción. García Márquez se les aparecía como el Proust de la ideología: ahí tienen a *El general en su laberinto* en busca del poder perdido, y glosaban y generalizaban y bolivareaban con una compostura desengañada y decadente que les permitía hablar de su desbandada en términos nobles y elegantes y con un vago vaho de rancia aristocracia desahuciada. En cambio, los sociólogos liberales, la cáfila de weberianos improvisados bajo las palmas, habían recibido la novela con los cuadernos abiertos, los lápices extendidos y serpentinadas de colores entre las páginas, y con castillos de fichas y tarjetas. Comprobaban un fracaso en cada héroe, en cada uno una puerta en ruinas que llevaba a un continente en el que el hambre, la pobreza y la violencia habían realizado la unidad sin siquiera proponérselo. A los sociólogos les encantaba aquella herida del carisma que calaba al héroe hasta los huesos, la falta de poder que lo disminuía hasta matarlo. Demostraban su alegría con citas: que si la anemia del carisma iba chupando al cuerpo hasta el esqueleto, que si al retirarse del cuerpo de El General la

gracia fosforescente, que otorga a los reyes el poder divino de curar a sus súbditos, arrastraba todas las energías y dejaba a Bolívar —el hombre que no quiso ser rey— sumido en una amnesia emotiva e intelectual que le impedía reconocerse a sí mismo en los gestos y en las palabras del héroe. No faltaban, desde luego, los apocalípticos, quienes establecían ociosos paralelismos entre el cuerpo maltrecho del general y las ruinas de una América desvertebrada, atacada de una leucemia histórica que le impedía formar un esqueleto aristocrático capaz de sostenerla. Los apocalípticos, los pesimistas de las profecías lúgubres, la logia negra del triste destino de América abusaban de los guiños que hacía la novela a la actualidad histórica y pretendían haber encontrado en ella las líneas necesarias para dar un baño de buena ley a sus sentencias sobre la inabordable realidad americana: “Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra Edad Media”.

No terminaba ahí la procesión de lectores, pero un sentimiento común los iba uniendo a todos, como deudos en torno a un muerto, alrededor de la novela: que el *crack*, el hundimiento del dandy de leyenda llamado Bolívar compartía con Pushkin hasta unas gotas de sangre negra y que había dado nombre al barco en que Byron zarpó para Grecia, no era en modo alguno el derrumbe de una sola persona sino que expresaba la zozobra en la vulgaridad de todo un continente. No iba a ser fácil recordarles a los latinoamericanos que todos los héroes de su Independencia eran hijos de una madre —“¡Putra patria!”— que se había muerto en el parto.

Habían pasado las épocas en que sus novelas eran esperadas como un cometa milagroso que devolvería la vista a los ciegos. Ahora, con la edad del desamparo, se iba larvando un rencor glacial contra el novelista y su mundo. Eran, en el fondo, la misma orfandad exasperada, la unánime cadena de la autodenigración que recorre a América Latina. ¡Y precisamente ahora aparecía García Márquez con sus aires de brujo triste para decirnos que América era como *El general en su laberinto*! Ni se iba ni se moría. Se despedía para quedarse. ¿Ese era el mensaje del novelista laureado? ¿Que todavía teníamos por delante un calvario? ¿Que no nos hiciéramos pajas, que nos faltaban años de ser orinados por los perros, siglos de estupor insomne en la hamaca de la Independencia?

Si América era un general ensimismado en su aura sombría, una patria grande pero hecha de ceniza y sembrada de traición y de peste, ¿por qué entonces no cambiábamos al general marquesino por el capitán de Whitman? Y por todo esto y por todo lo demás, *El general...* fue recibido como se recibe una crucifixión innecesaria y de mal gusto en vísperas de las vacaciones de Semana Santa. Era incorregible el abuelo Gabriel. Seguía con sus visiones en el momento mismo en que ya estábamos vendiendo la casa.

